

Número 6.º

Julio 31 : 1905

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

IMPRESA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMV

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

APUNTES AUTOBIOGRAFICOS

DEL GENERAL D. JOSE MARIA ORTEGA Y NARIÑO

Entre los egregios varones que emanciparon nuestra Patria de la Monarquía española y fundaron después la República, entre aquellos hombres que la actual generación ya no quiere estimar, por temor de verse obligada á imitarlos, ocupa lugar preferente el General D. JOSÉ MARÍA ORTEGA Y NARIÑO.

Sus proezas militares emulan las de Córdoba y Maza, su vida sería asunto para interesantísima novela, sus servicios civiles después de la guerra valen aún más que sus hazañas marciales. Cristiano de mente y de corazón, no se contaminó jamás con las ideas irreligiosas que mancharon á muchos de sus compañeros de armas, y cumplió con inapeable energía la ley de Dios y los preceptos de la Iglesia. Soldado de la guerra á muerte, no vertió fuera de los combates una gota de sangre, ni hizo derramar voluntariamente una lágrima. Jamás sirvió á ninguna dictadura, nunca tomó parte en guerra civil contra los poderes constituidos. En su vida privada fue un modelo, su vida pública no tiene una sola mancha.

Sin embargo, es menos conocido y encómiado que otros de los próceres. Consiste en que tuvo tan acendrado el amor á la Patria, que antepuso siempre á la gloria del país su propia gloria; en que fue tan modesto, que su principal afán fue ocultarse; en que tuvo tan arraigada la no-

CONTENIDO

DEL PRESENTE NUMERO

- Apuntes autobiográficos..... GENERAL J. M. ORTEGA Y NARIÑO
 El Apóstol..... E. ARIAS CORREA
 Los conquistadores españoles JOSÉ MIGUEL ROSALES
 Lecciones de Lógica..... JULIÁN RESTREPO HERNANDEZ
 Sonetos eucarísticos..... BELISARIO PEÑA
 Constituciones del Colegio... FRAY CRISTÓBAL DE TORRES
 Kepis y cornetas..... JULES LEMAITRE
 Lecturas sobre el arte de
 educar..... R. M. CARRASQUILLA
 Actos oficiales del Colegio.
 El nuevo internado del Co-
 legio.
 Rasgo biográfico de Fray
 Cristóbal de Torres..... JUAN N. NUÑEZ CONTO
 Notas bibliográficas.

ción del deber, que, con tal de cumplirlo, ni lo envanecían los honores y alabanzas, ni lo abatían las contradicciones y calumnias.

Aún viven muchas personas que le conocieron íntimamente, y ellas pueden testificar cómo el General ORTEGA, aménisimo y jovial en su trato, rehuía, á diferencia de casi todos los viejos veteranos, narrar sus campañas y hablar de los episodios de su vida. Tenía horror á declinar el pronombre de primera persona. Rogáronle muchas veces sus amigos que pusiera por escrito las románticas memorias suyas referentes á la Magna Guerra, y nunca pudieron conseguirlo, hasta que su yerno el Sr. D. Ricardo Carrasquilla le suplicó dejara algunas páginas para los nietecillos que el anciano General amaba con entrañable cariño. Escribió con tal fin dos cuadernos, uno sobre su carrera pública; sobre intimidades de su vida privada el otro. Aun reuniéndolos, no formarían ni la menor parte de su autobiografía; y además no están dispuestos en riguroso orden cronológico (1).

Reestableceremos en esta publicación el orden de los acontecimientos; llenaremos los vacíos con fragmentos de la Biografía que publicó en 1886 en el *Papel Periódico Ilustrado* el Sr. Dr. Rafael M. Carrasquilla, y con datos conservados por tradición en la familia del General. Para enlazar los hechos, nos hemos permitido ligerísimas variantes en la redacción original, que no alteran sustancialmente ni el fondo ni la forma de los apuntes del autor. Suprimiremos pasajes que no tienen interés sino puramente de familia.

El General ORTEGA no era literato ni escritor; y así, el que lea estos apuntes, no busque en ellos corrección perfecta en la forma ni elegancias en el estilo; pero hallará la candorosa ingenuidad, que vale más que los artificios re-

(1) Llamaremos los apuntes sobre la vida pública Códice I, y los íntimos, Códice II. Los primeros están escritos en tercera persona; los segundos, en primera.

tóricos; el perfume de los documentos históricos de primera mano, que hoy se estima y solicita más en el mundo sabio que los períodos rotundos y los primores de dicción de los historiadores literarios.

Escrúpulo hemos tenido de publicar estos apuntes, atendiendo al carácter íntimo que quiso darles su autor; pero ya han sido aprovechados en parte por los biógrafos del General ORTEGA, y de ella no queda inédito sino la redacción original. Por lo demás, no hay aquí una palabra que contradiga á la verdad, ni una sola que desdore ajena reputación ni que pueda mortificar á nadie.

El Códice I consta de sesenta páginas en folio (1), y empieza con la siguiente dedicatoria al Sr. Carrasquilla:

“Querido Ricardo:

“Como tú has tomado interés en que escriba algo sobre mi vida pública, te mando en quince pliegos numerados, copia de algunos apuntamientos que muy someramente he escrito como un recuerdo de amor á mi familia. Si fuera á historiarse todo lo que he visto, se necesitaría de un libro entero, pues que la materia se presta para hacerlo. Si en lo que se lee se encuentran algunos sacrificios hechos por la Patria, en lo que se calla los hay, moralmente hablando, de mucha magnitud. Deseo que quedes satisfecho y que no hagas caso de la letra (2) ni menos de la redacción. Pueden hacerse ambas cosas bien hechas para cuando esté en estado de leer estos apuntes nuestro querido Rafael.”

El Códice II (3) empieza así:

“Apuntes para mi muy querido hijito Rafael María Carrasquilla. Apuntes que escritos sin orden ni método, no deben servirle sino de ratos de recreo y de recuerdos de su abuelito el General JOSÉ MARÍA ORTEGA Y NARIÑO.

(1) Parte está escrito de letra del autor; parte de la de uno de sus hijos.

(2) Escribía en excelente y clara letra española.

[3] Todo de letra del General, 66 páginas en 4.º

“Soy hijo de los Sres. José Vicente Ortega y Benita Nariño. Abuelos paternos los Sres. Ignacio Ortega, administrador de aguardientes de Santafé, y Petrona Mesa; maternos, los Sres. Vicente Nariño, Oficial real, y Catalina Alvarez.”

Nació el General ORTEGA en Santafé de Bogotá, el 19 de Febrero de 1796, en la casa situada á espaldas de la iglesia de La Tercera, convertida hoy en dos habitaciones modernas (1), y fue bautizado el mismo día en la iglesia parroquial de Las Nieves (2). Su padre, modesto empleado del régimen colonial, y por consiguiente pobre, no pudo darle otra educación que las cristianas enseñanzas y ejemplos del hogar, y lo poco que se aprendía en las escuelas primarias de entonces; pero le dejó aquel cúmulo de conocimientos, mucho más numeroso que el adquirido en los libros, que acaudala un niño en el diario roce con personas bien educadas, y aquel trato social que no dan por completo ni la lectura, ni los colegios, ni los viajes á quien no tuvo la fortuna de mamarlo con la leche.

D. José Vicente Ortega, cuñado del General Antonio Nariño, era decidido partidario de que la Nueva Grana-

(1) Carrera 8.ª, números 396 y 402.

(2) FE DE BAUTISMO.—Fr. Felipe Bernal, religioso agustino calzado y actual Cura de la Parroquia de Las Nieves, &c. Certifico en debida forma que en los libros bautismales de esta Parroquia, á fojas 122 vuelta, se halla una partida cuyo tenor es el siguiente:

“En Santafé, en diecinueve de Febrero de mil setecientos noventa y seis años, yo el Cura interino bauticé, puse óleo y crisma á un niño de un día, á quien le puse por nombre José María Gabino Alberto, hijo legítimo de D. José Ortega y D.ª Benita Nariño. Abuelos paternos, D. José Ignacio Ortega y D.ª Petrona Mesa; maternos, D. Vicente Nariño y D.ª Catalina Alvarez. Su padrino D. José Montero y Paz, á quien advertí el parentesco espiritual. De que doy fe.

AGUSTÍN DE RICAURTE Y TORRIJOS”

Es fiel copia del original á que me remito en caso necesario.

Santafé, Octubre 21 de 1823.

FR. FELIPE BERNAL

da se emancipase del poder peninsular. No porque estuviera imbuído en principios irreligiosos y demagógicos, sino porque anhelaba para su Patria, llegada á la mayor edad, el beneficio de un gobierno propio, y deseaba con ardor verla libre de la insoportable dominación de virreyes y oidores, duros é ineptos como eran los de aquellos últimos años de la Colonia. Lo inofensivo de las ideas políticas de D. José Vicente y la fama inmaculada de que universalmente gozaba, se patentizan en el hecho de que habiendo firmado el Acta del 20 de Julio, y teniendo tres hijos (1) en los Ejércitos independientes, se quedó en Santafé tranquilo, sin que D. Pablo Morillo, que encausó á hombres como Manuel Benito de Castro, lo incomodara en lo mínimo.

Reasumimos los apuntes del General:

“El 20 de Julio de 1810, en que se hizo la revolución en Bogotá contra el Gobierno español, ORTEGA, que á la sazón sólo contaba poco más de trece años de edad, y que estudiaba matemáticas con los Sres. Caldas y Bernardo del Anillo, y perfeccionaba su letra con el Sr. Lorenzo Lenguas, no oía otra cosa en su casa que las quejas y lamentos de su madre por la prisión de su hermano el General Nariño, y las continuas conversaciones de su padre con el Sr. José María Carbonell, contraídas á los medios que debían emplearse para sacudir el yugo español. ORTEGA, que sentado á la mesa, ve ese día (20 de Julio) entrar á Carbonell encendido en cólera y refiriendo lo que acababa de pasar con el español D. José Llorente y D. Antonio Morales (después General de la República) y que debía continuar la revolución apenas iniciada, esconde bajo su pobre traje el cuchillo con que se estaba sirviendo, y espera impaciente

(1) Fuera del General, fueron militares patriotas D. Carlos, el primogénito, y D. Mariano. El primero casó con D.ª Bárbara Rojas, y murió en Fusagasugá en 1853. El segundo casó sucesivamente con D.ª Carmen Silva y D.ª Tomasa Pumar. Alcanzó al grado de Capitán. Murió en Bogotá el 1.º de Mayo de 1874.

á su vecino para seguir á la plaza, como en efecto siguió, no desamparando un instante á Carbonell en toda la tarde, y formando en la noche, con los que más interés tomaban en el movimiento, con el principal grupo revolucionario.

“ORTEGA, de guardia en la esquina de Santa Clara, fue el que, como centinela, dio á las doce de la noche el *¿quién vive?* al Dr. Porras, Cura de Bosa, que con una partida de caballería concurría á tomar parte con el pueblo. ORTEGA en todas partes se encontraba, y fue uno de los individuos que con el Sr. Domingo Montenegro, recorrió el ejido de San Victorino la noche que se pensó que los negros de la hacienda de Tena, al mando de D. Clemente Alguacil, venían en apoyo del Virrey.” (1)

Pero su anhelo no era figurar en los movimientos populares, sino entrar al ejército para combatir en campaña las fuerzas españolas.

“El día 4 de Noviembre de 1810 logró lo que tanto deseaba; y después de infinitas diligencias para que se le dispensara la edad, sentó plaza de cadete (soldado distinguido) en el Regimiento de Infantería auxiliar al mando del Coronel D. José Moledo. Consagrado de una manera muy decidida al servicio militar, pronto fue uno de los más adelantados, mereciendo los elogios del General D. José Leiva, Director de la Academia de Cadetes. Joaquín París, Lino de Pombo, José María é Isidoro Ricaurte, Santiago Zalamea, Antonio Herrera, Anacleto Aráoz, fueron sus compañeros, y Capitán de su Compañía el después General de la República D. Manuel Castillo Rada.

“En 1811 el Gobierno destinó una columna, al mando del Capitán Antonio Morales, para obrar sobre las tropas españolas que ocupaban la Provincia de Santamarta; y ORTEGA se interesó con el General D. José Miguel Pey para que se le permitiera marchar en ella. Lo hizo á pie y con su fusil recortado al hombro.

(1) Cód. I

“En el puerto de Ocaña destinó Morales una partida de cuarenta hombres y una pieza ligera de artillería, á las órdenes del Teniente Hermógenes Maza (después General de la República), para batir otra que mandaba el Oficial español Salcedo en el pueblo de Simaña; y ORTEGA forzó la voluntad de Morales para que le permitiera marchar con Pedro Salgar, cadete del *Batallón Nacionales*.

“El día 30 de Noviembre se avistaron las dos partidas, y ORTEGA, que toda la noche del 29 había andado casi desnudo por entre una ciénaga, fue de los primeros que rompió el fuego, quemando treinta cartuchos, aunque no con mucho acierto. Como Maza y el Sargento Zorro, que manejan la pieza, se incendiaran con un cajón de cartuchos, la partida quedó al mando del Sargento Florido, á quien dirigían los dos cadetes.

“Maza fue conducido al cuartel de Morales en la única canoa que había en el puerto de San Andrés, y Morales, al recibirlo, emprendió retirada río arriba, creyendo que toda la partida de Maza había sido prisionera, no obstante haber recibido un papel de ORTEGA en que le pedía buque para conducirla.” (1)

Salcedo salió huyendo, y dejó abandonadas armas, municiones y víveres. Los dos cadetes vencedores, refería el General ORTEGA á sus hijos, redactaron el parte del combate y se lo hicieron firmar al Sargento Florido, quien puso una cruz en lugar de su nombre, porque no sabía escribir.

“Viéndose abandonados los cadetes, determinaron marchar en persona para alcanzar y detener á Morales; y en un pequeño cayuco lo verificaron al tercero día. Morales, haciendo elogios á los dos cadetes, dio un parte honroso al General Nariño, Presidente de Cundinamarca, y destacó al Capitán Jerónimo Sandino para recoger un bongo cargado de tabaco, algunas armas, uniformes y municiones que Salcedo abandonó en Simaña. ORTEGA mereció enton-

(1) Cód. I.

ces el nombramiento de Ayudante de un Batallón de milicias de Mariquita, al mando del Vicepresidente D. Antonio Viana, y como compañero del Coronel D. Antonio Racines; recibiendo en seguida el despacho de Subteniente con el grado de Teniente, destino que comenzó á servir después de cuatro meses de unas penosas calenturas." (1)

Por aquel tiempo, la inexperiencia de las cosas había hecho que la mayor parte de las Provincias de la Nueva Granada, con la novelería infantil de tener sus gobiernos propios, y sin echar de ver que lo importante en esos momentos era mantenerse estrechamente unidas contra el español, proclamaban la federación y reuniesen en la ciudad de Tunja su Congreso.

Nariño, con el talento superior y el conocimiento del mundo que lo distinguían, previó lo que no tardó en acontecer: que el Rey enviaría tropas á la reconquista, y que los patriotas, jugando al Congreso, no estarían apercebidos para resistir; y se opuso formalmente á la federación. De allí surgió la primera de nuestras malhadadas guerras civiles.

"Estando en Honda, supo ORTEGA que la División destinada por el General Nariño á batir los españoles que ocupaban el valle de Cúcuta, se había pronunciado en Sogamoso y Santa Rosa con sus Jefes los Coroneles Antonio Baraya y Joaquín Ricaurte, y que, desconociendo la autoridad del Presidente, proclamaban la federación. ORTEGA pidió inmediatamente su vuelta al *Regimiento Auxiliar* para sostener la autoridad de Nariño, y fue destinado en clase de Teniente, á mandar la primera Compañía del segundo Batallón. A la cabeza de ella marchó á combatir las fuerzas de Baraya; y en la vanguardia de la columna, que en persona mandaba el Presidente mismo, se batió, en Diciembre de 1812, en el encuentro que ambas fuerzas tu-

vieron en el pueblo de Ventaquemada, y cuyo desenlace fue funesto para las tropas de Cundinamarca.

"La mayor parte de ellas abandonaron el campo, y sólo quedaron en el pueblo de dos á trescientos hombres al mando del General Leiva, y con los Jefes y Oficiales Pedro Núñez, José M. Berruecos, Juan N. Estévez, Vicente Maza, Isaac Calvo, José María Ricaurte y JOSÉ MARÍA ORTEGA, quienes, hasta las once de la noche se ocuparon de inutilizar las municiones y artillería que al siguiente día debían tomar las fuerzas enemigas.

"Como el General Nariño hubiese volado á Bogotá á impedir un movimiento ocasionado por la noticia del descalabro que acababa de sufrir, regresó hasta Nemocón á encontrar al General Leiva; y éste, refiriendo todo lo ocurrido en Ventaquemada, dijo en presencia de una numerosa reunión de Oficiales (de los alcanzados muchos): 'Sr. Presidente: Si todos los Oficiales se hubieran conducido como los dos José Marías, hoy estuviéramos más allá de Tunja.' Hablaba de Ricaurte y ORTEGA, que nunca se separaban.

"Replegadas las tropas del General Nariño á la ciudad de Bogotá, fueron estrechadas á poco tiempo por las de Baraya en número triple; y desmoralizadas las primeras por la ocupación de Monserrate por Girardot, Nariño formó una columna del *Regimiento Auxiliar*, al mando del Teniente Francisco Llamas, y con los dos José Marías, Ricaurte y ORTEGA. A las órdenes del francés Bailly, la columna sorprendió un destacamento que, mandado por D. Antonio Morales, ocupaba la Venta Larga, al Norte de la ciudad, á una legua y media de distancia. Este acontecimiento, de poco valer en sí, produjo grandes consecuencias, pues al regreso de la columna con algunos prisioneros tomados al enemigo, las cosas presentaron otro aspecto.

"El mismo Llamas, que esquivó el marchar á Usaquén, y centenares de hombres que se habían ocultado, volvieron á las armas, y todo presagiaba un inmediato triunfo. No

(1) Cód. I.

les faltaba razón, pues estaba cerca el 9 de Enero, día en que las fuerzas de Cundinamarca lo obtuvieron grande y solemne, venciendo con trescientos hombres á más de tres mil. Se dice con trescientos, porque sólo se batieron el *Auxiliar* y un piquete de artillería con una pieza de á ocho, al mando del Capitán Mariano Armero. Los Oficiales que pusieron el pecho á las balas fueron muy pocos. Ricaurte y ORTEGA, en el punto de mayor peligro, llenaron su deber. Cogidos de las manos, volaron con sus compañías á la pila de San Victorino, donde se apoderaron de diez piezas de artillería que, más de adorno que de otra cosa, alentaban á los que invadieron la ciudad, llenando de orgullo á los jóvenes que por primera vez, en su carrera militar, se hacían á tan grandes trofeos. Sea dicho en honor de ORTEGA que, antes de ocuparse de la conducción de las piezas de artillería que habían tomado él y Ricaurte, salvó la vida á un valiente á quien Bartolache, soldado del mismo ORTEGA, quiso pasar con la bayoneta después de rendido.

“El 13 de Enero de 1813, el General Nariño preparó un gran convite militar para obsequiar á los que habían sido fieles y dignos compañeros suyos. Vistiendo la casa de granaderos del *Auxiliar*, á la vez que sus dos hijas pequeñas llevaban las insignias del *Nacionales* y del *Artillería*, comió á la mesa con varios de sus camaradas y una lucidísima reunión de Oficiales y ciudadanos. Terminado el convite, el General Presidente de Cundinamarca, en calidad entonces de simple granadero, fue presentando á nombre del Gobierno los despachos de ascensos á los militares que tan bien se condujeron. ORTEGA recibió el de Capitán, con la satisfacción y quizá el orgullo mal entendido de verse preferido á otros que, por su antigüedad, lo merecían más y debían ir adelante, aunque, para decir verdad, en el peligro no ocuparon el primer lugar” (1)

Antes de despedirnos del General Nariño, á cuyas órdenes ya no volverá á servir el Capitán ORTEGA, reprodu-

ciremos aquí dos anécdotas de los *Apuntes* íntimos, relativas al Precursor de la Independencia, en la época en que estuvo prisionero después del desastre de los Ejidos de Pasto.

“En 1814, cuando las fuerzas de Cundinamarca fueron dispersas en el Alto de Cebollas, cerca de la ciudad de Pasto, el General Nariño, al ser llevado á la presencia del Jefe español Aimerich, fue interrogado por este último sobre varios puntos concernientes á la campaña.

—Hasta que usted no me mande dar de almorzar, á nada contestaré, pues hace cinco días que no como.

Uno de los sargentos que llevaba el General se había pasado pocos días antes al enemigo, y en aquellos momentos buscaba modo de congraciarse con él. Entró á la sala donde Nariño se encontraba, y dirigiéndose á él, comenzó á prodigarle insultos que el Jefe español toleraba con indulgencia. No así el General, que levantándose de su asiento hizo salir al sargento de la manera más fuerte y atrevida.

“Puesto en un calabozo, pidió al Oficial que le hacía la guardia le facilitara unas navajas para afeitarse, pero denegándose el otro á semejante pretensión por temor de que el prisionero pudiera suicidarse, le ofreció mandarle un barbero. Al siguiente día se presentó como tal el sargento á quien había despedido tan duramente. El General se sentó á que lo afeitara, sin hacer absolutamente caso de que podía ser degollado” (1).

“El Teniente Volney, que custodiaba al General, era un hombre de muy pocas palabras, severo hasta el extremo en el cumplimiento de las órdenes que recibía, y más que todo, duro con el prisionero que escoltaba. El General Nariño, molesto con la requisa que diariamente se hacía en la comida que se le llevaba y con otras acciones que en gran manera le mortificaban, tenía que ganarse al Oficial Volney ó aguantar hasta lo inaguantable. Logró lo

(1) Cód. I.

(1) Cód. II.

primero con un simple diálogo que entabló con el centinela, de modo que el Teniente lo oyera :

—¿Cómo se llama el Oficial de guardia?

—Mi Teniente Volney.

—Con seis Oficiales como él que yo hubiera tenido, no estaría hoy prisionero.

—Es muy colérico y muy....

—Así es como me gustan á mí los que llevan una charretera en el hombro.

—No hable más, porque si nos oye, lo puede usted pasar mal.

—Tiene razón. Cuando usted llegue á Oficial, le deseo que sea otro Teniente Volney.

“No se había pasado una hora de la conversación, cuando el Teniente entró á la prisión á ofrecer sus servicios al General, y de allí en adelante le prestó los más importantes, trabándose entre los dos la mayor confianza, que, por entonces, sólo refluía en favor del General” (1).

Todo lo dicho hasta aquí no era sino el preludio de la carrera militar de ORTEGA: su teatro iba á ser Venezuela; había de hacer su papel en las trágicas escenas de la guerra á muerte, y á las órdenes inmediatas del Libertador.

“Restablecida la paz, llegó en Marzo el General venezolano José Félix Rivas con la noble misión de buscar auxilios para emprender la campaña de Venezuela, que pudiera dar la libertad á aquella hermosa República. ORTEGA que, en aquel día, se encontraba de guardia en la Casa de Gobierno, fue destinado por el Presidente Nariño para felicitar al General. Este incidente le proporcionó la ocasión de saber el objeto de la misión de Rivas, y la de hacerle presente que, en el caso de que algunas fuerzas fueran destinadas á Venezuela, recibiría el mayor honor

[1] Cód. II.

en mandarlas. Interesó al General para que así lo manifestara al Presidente; y, conseguido su deseo, marchó el 5 de Abril á la cabeza de una columna de 125 infantes y 25 artilleros con dos piezas de campaña. Los Oficiales Mauricio Alvarez, Francisco Aguilar, Tomás Planes (1) y José Castillo fueron á sus órdenes; y el 6 de Mayo del mismo año de 1813, ORTEGA puso en San José de Cúcuta á las del General Bolívar su pequeña fuerza, que más adelante sirvió de base á la División de retaguardia que tantos días de gloria dio á las armas libertadoras, y que mandada siempre en persona por el General Rivas, teniendo á ORTEGA como segundo Jefe, marchó de triunfo en triunfo hasta la ocupación de Caracas (2). Esta División, aunque pequeña en número, temible por los bravos que la componían, fue engrosada con algunos soldados en San Antonio del Táchira y 150 meridianos, mandados por el español Campo Elías” (3).

Veamos, antes de penetrar con ORTEGA y sus bogotanos á Venezuela, qué clase de guerra era la que iba á hacerse allí.

“Declarada la guerra á muerte, dice ORTEGA, por el General Bolívar, en la ciudad de Mérida, á consecuencia de la muerte del Coronel Antonio Nicolás Briceño, que desde Cúcuta se había propuesto no dejar la vida á ningún español, comenzó su exterminio por tres pacíficos vecinos de aquella ciudad. La sangre de Briceño y de sus compañeros en Barinas y la de los tres españoles en Mérida fue la primera que corrió en aquella negra y luctuosa

[1] Después General

[2] El Dr. Carrasquilla, en su biografía del General ORTEGA, cometió un error al afirmar que entre esos 125 hombres iban Maza, Ricaurte, Girardot, Paris, Vélez, &c. Fuera de los soldados que llevó Rivas de Santafé á las órdenes inmediatas del Capitán ORTEGA, contribuyeron á la libertad de Venezuela los batallones de cartageneros y momposinos y los cuadros de Oficiales de los *Batallones 3.º, 4.º y 5.º de la Unión* que el Congreso concedió y que en su mayor parte eran también bogotanos. Allí era donde estaban, fuera de ORTEGA y Planes, los futuros Generales de Colombia.

(3) Cód. I.

época; sangre en que después fue anegada Venezuela, y sangre que destruyó por lo menos la cuarta parte de su población.

“Abierta la puerta á las más duras represalias, si entre los españoles se encontraban los Boves, Morales, Antoñanza, Zuazola, Rosete, Quero y otros mil, entre los patriotas no faltaban un Arismendi, un Rivas, un Campo Elías, un Urdaneta y otros tantos que supieron castigar sus crueldades. Si los patriotas no daban cuartel, los españoles, que tampoco lo daban, inventaron las crueldades más horrosas para vengarse de sus enemigos; así es que de muerte á muerte eran iguales (1), pero no así en cuanto al modo.

“Zuazola desorejaba á sus víctimas, Antoñanza las hacía despalar, Rosete se encargaba de asesinar las mujeres que estaban en cinta, porque decía que la insurgencia debía morir en el vientre de la madre. Los demás, siempre por sorpresa, siempre con arma blanca, y siempre sin los auxilios de la religión, se holgaban con los más crueles asesinatos, que regularmente eran cometidos á la mitad de la noche. La opinión general de estos bárbaros era la de que el insurgente y traidor al Rey debía morir en cuerpo y alma.

“El zambaje venezolano, á quien lo único que se le prohibía era ser patriota, se desencadenó de una manera inaudita, y desbordado por todas partes con letra abierta, mataba, saqueaba, incendiaba, estropeaba, &c., formándose partidas de dos á trescientos hombres, que ellos llamaban campos volantes; y acechando á cada momento las poblaciones ocupadas por los republicanos, y hechos cargo de todos los caminos y avenidas, diariamente cometían centenares de asesinatos en hombres, niños y mujeres.

[1] “En La Guaira hizo matar el General Arismendi más de 800 españoles que tenía presos en las bóvedas de aquella plaza, y los hizo matar en un solo día. En Aragua, un poco más adelante, las tropas de Boves mataron 700 heridos que se habían refugiado en la iglesia, sirviendo los altares de banquillos.”—Nota del General ORTEGA.

“Todos los árboles de alguna elevación que se encontraban en las vías públicas estaban engalanados, como ellos decían, con cabezas y cuartos de hombres y mujeres patriotas; en lo general de color blanco. Los zanjones, cerca de sus guaridas, atestados de osamentas. Montones de ceniza producidos por las casas que incendiaban; y de resto los campos en el más imponente silencio.

“Las pocas poblaciones que los patriotas ocupaban eran el único asilo para la parte débil y desgraciada y para los que, hasta el último extremo, lucharon por la libertad é independencia. Fortificadas y en estado constante de alarma, ningún hombre estaba seguro si se alejaba solo á cuatro ó quinientos metros de la plaza. Para dar un paseo, para conseguir una gallina ú otra cosa semejante, había que sostener un encuentro con alguna de las innumerables partidas enemigas, pues de otro modo nada podía conseguirse. En honor de los que formaban el ejército de la República, jamás uno de sus destacamentos fue batido en esos encuentros. Si á las turbas realistas les sobraban hombres y temeridad, los patriotas, que contaban con la más firme decisión y bravura, sabían y podían contenerlos. Nunca se les mandó atacar á esa clase de partidas ó campos volantes por fuerzas iguales. Diez, veinte hombres eran bastantes para poner en fuga á cincuenta ó ciento. Ellos combatían por el pillaje y la matanza; nosotros por el honor, por la libertad y por la conservación de la más justa de las causas. De otro modo no era posible que cinco ó seis mil hombres, á que al fin nos vimos reducidos, hubiéramos hecho frente á más de treinta mil afiliados bajo las banderas españolas.

“Pasajes de brutalidad y de barbarie, en que el menor mal era la muerte y que la decencia no me permite referir, se cometían diariamente: aunque la Historia se ocupe de ellos, mucho tendrá que callar.

“Muchos volúmenes se necesitarían para dar una idea completa de la guerra de aquella época. Al mismo Liber-

tador, á quien el año de 19 referí en Pamplona algunos hechos que él no pudo presenciar, le quitaron el sueño, reconviniéndome al siguiente día por el mal que le había causado con semejantes relaciones.” (1)

(Continuará)

EL APOSTOL

Al Dr. R. M. Carrasquilla

De la muerte nos hablaba, excitándonos con celo
A trillar con firmes pasos el sendero de la vida :
Siempre puestas las miradas en el punto de partida,
Con la mente siempre fija en lo fúlgido del Cielo.

“Ignoramos, nos decía, cuándo tienda el leve vuelo
Por los campos del Misterio la pobre alma, adormecida
Por los goces terrenales ; por la bruma oscurecida
De apetitos y pasiones que la cubren con su velo.”

Su palabra persuasiva, de mi pecho lo más hondo
Dulcemente conmovía, sacudía lo que escondo
De más ruin y de más grande ; nueva luz á mí traía.....

Y al salir del santo templo, en la niebla vagabunda,
Perfilóse la silueta de la Vida—moribunda
Que agoniza tenuemente en un lecho de alegría.

E. ARIAS CORREA
Alumno externo

Abril 1905.

Los conquistadores españoles del siglo XVI

FUNDACIÓN DE UNA CIUDAD AMERICANA BAJO EL REINADO
DE CARLOS V

(De la *Ilustración Española y Americana* de Madrid)

Cuarenta y cinco años habían transcurrido desde el descubrimiento de la América, y aún permanecía inexplo-